

Nota del editor: sobre la extinción de la escritura analógica

Por Lic. Pablo Cordes

Escribir hoy es más un acto de resistencia que un oficio académico o artístico. La escritura va perdiendo valor en forma progresiva a medida que el hiperrealismo de las tecnologías digitales gana terreno en las interacciones sociales. ChatGPT ya sabe más que un docente y es capaz de escribir una novela superando a los grandes maestros de todos los géneros literarios. Sin embargo, lo que la IA (Inteligencia Artificial) no puede hacer es contar una historia de vida propia porque todo lo que dice y hace fue escrito y vivido por otros. Su historia no es genuina, es justamente artificial, falsa. El lenguaje era concebido como un virus para Burroughs (1970), es decir, una forma de control que se inserta en la mente y se apropia del ser y lo moldea según sus coordenadas. Existe sólo una forma de resistirse a la manipulación y es rompiendo las cadenas sintácticas del lenguaje generando nuevas asociaciones: la famosa técnica del cut-up (corte y empalme) para construir textos que rompen la forma que produce el sentido. La desestabilización del orden preestablecido del lenguaje. La postura de Burroughs es tan interesante como asociable a las ideas de Foucault (1976) respecto del poder del discurso y su capacidad de producir subjetividad a través de las tecnologías del yo. En la actualidad ocurre algo curioso y es que el lenguaje ya no es sólo manipulado por la humanidad, sino que se ha vuelto un recurso de control hiperreal de la IA. La muerte del autor que anunciaba Barthes en 1967 ya nos sugería la idea de que el autor no es dueño de sus textos porque no es quien produce el sentido. Es el lector el que produce el sentido cuando interpreta el texto. Hoy el planteo de Barthes, si bien sigue vigente, parece quedar algo desactualizado. Una vez más la (hiper)realidad ha superado a la ficción. Hoy no son ni el autor ni el lector los que producen sentido sino un dispositivo de inteligencia artificial que aprende por cuenta propia y se corrige a sí mismo. Ahora bien, ¿la IA tiene soberanía absoluta sobre sí o es lo que parece? ¿Quién la creó? ¿Acaso se creó a sí misma? Si se corta la corriente esta poderosa inteligencia dejaría de funcionar. Si la IA llegó para quedarse y es, digámoslo, un recurso extraordinario y útil para agilizar tareas, nos queda interrogarnos sobre cuál es el futuro de la escritura humana. Escribir es un acto de subjetivación en sí mismo y es una invitación a la introspección y a la reflexión. La diferencia entre un texto artificial (creado por la IA) y un texto humano quizás no sea identificable en la comparación directa pero sí desde el punto de vista ético. Los humanos escribimos desde la pasión, desde el saber, depositamos emociones, sentimientos y una historia singular en cada producción textual. La IA parece no ser capaz de construir una historia singular sino sólo de reproducir singularidades que se fue apropiando a lo largo del camino. El desafío que nos toca de cerca hoy es no dejar de producir sentido por comodidad ni entregarle esa responsabilidad a la máquina para que la automatización debilite nuestra razón. Escribir, crear verdadero arte que incomode como decía Adorno (1970) en su Teoría Estética y, sobre todo, no dejar que la mistificación nos seduzca tanto. Un texto deja de ser un simple producto cuando interroga nuestra honestidad. De todos modos, lo que hace único a un texto no es solo lo que dice, sino cómo está habitado.